

Facultades de Comunicación: EN EL OJO DEL HURACÁN

GABRIEL ALBA*
JUAN GUILLERMO BUENAVENTURA**

Introducción



s una coincidencia curiosa que en septiembre de 1991, la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Facultades de Comunicación, Felafacs, celebrara sus diez años dedicando el número 31 de su revista *Diálogos de la Comunicación* a la reflexión sobre las carreras de Comunicación en América Latina y que **Signo y Pensamiento** celebre ahora

sus quince años con una reflexión sobre el mismo tema y sea también la revista número 31. Se trata de una coincidencia curiosa pero lógica, ya que son dos revistas académicas sobre el mismo objeto de estudio y las preocupaciones y realidades continentales son las mismas. Lo que resulta verdaderamente interesante es que el estado del debate sobre las carreras de Comunicación y Periodismo esté en el mismo punto de crítica y de discusión de hace seis años y que, pasado ese tiempo, el debate social y académico parezca no haber avanzado entre ambas publicacio-

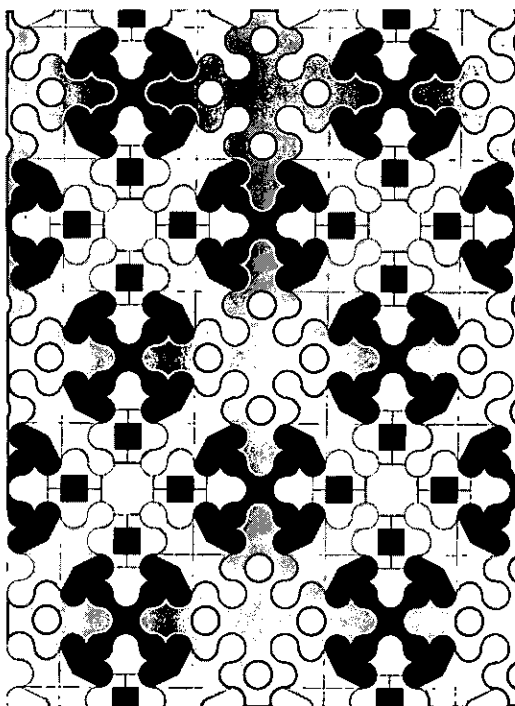
* Comunicador Social. Master en Escritura para Cine y Televisión de la Universidad Autónoma de Barcelona. Candidato al doctorado en Periodismo y Ciencias de la Comunicación de la misma universidad. Profesor del Departamento de Comunicación de la Universidad Javeriana. E.Mail: galba@javercol.javeriana.edu.co

** Comunicador Social. Maestro en Cine de la Universidad de Kansas, EE.UU. Director del Departamento de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana. Profesor del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional de Colombia. E.Mail: jbuena@javercol.javeriana.edu.co

nes. Esto puede indicarnos, entre muchas otras, dos cosas: primero, que no se trata de un debate verdaderamente importante para nadie, y que por lo tanto no provoca cambios significativos, o que no se ha producido un diálogo fructífero (por no decir franco o abierto) entre los distintos sectores involucrados (sobre todo entre las universidades y algunos medios de comunicación).

El objetivo del presente trabajo es el de ubicar ese debate y esa discusión —que en el caso colombiano ha sido especialmente áspero— en el contexto de la relación sector productivo, universidad y desarrollo académico y científico. La hipótesis de la que partimos es que dicho debate no constituye un mero juego intelectual o periodístico, sino que revela claves importantes de la compleja relación entre industrias culturales e informativas, por un lado, y las sociedades en las que esas industrias se mueven, por el otro. En este sentido, Sergio Caletti ha dicho que...

«discutir la dificultad que enfrentan las carreras de Comunicación será entonces discutir su forja social. Se trata de reubicar de una vez este viejo debate sobre otros términos. Y si las carreras de Comunicación tienen el raro privilegio de encontrarse ubicadas en este ojo de una tormenta contemporánea, buena parte de la tarea consistiría en rigor, en desmitificar primero este 'fetichismo discursivo' acerca de lo que las carreras son o no son, y abrir el camino a la realización de esfuerzos aún mayores por discutir la tormenta misma»¹.



¹ CALETTI, Sergio. *Profesiones, historia y taxonomías: algunas discriminaciones necesarias*. En *Diálogos de la Comunicación* No. 31, 1991, p. 27.

El problema, como consecuencia, no sólo es la formación académica que se imparte en las facultades de Comunicación, ni la supuesta inhabilidad de las industrias para auscultar las grandes transformaciones colectivas o intelectuales del mundo contemporáneo; el problema toca, además, las interrelaciones entre imaginarios colectivos (que invariablemente poseen los estudiantes), los requerimientos y perfiles de las industrias, las necesidades de desarrollo académico de la disciplina, la variopinta geografía intelectual de la universidad contemporánea, las rápidas transformaciones del panorama mediático y las apremiantes necesidades sociales de nuestros países. Creer que el problema de la formación académica de los comunicadores se soluciona «cerrando» facultades o «satanizando» a los medios es pecar de facilismo y de una inmensa ingenuidad².

Los puntos del debate

Rara vez podemos presenciar tal debate colectivo sobre un oficio o una profesión en su conjunto, como el que viven las carreras de Comunicación. Pero si bien muchas de esas críticas son iguales a las que se le hacen a cualquier carrera universitaria en un país como Colombia, es decir, críticas a

la calidad de los programas, de los docentes y de las prácticas que realizan los estudiantes, existen otras críticas específicas, que son las que nos interesa presentar.

Pueden reconocerse tres niveles de crítica y debate a los

² El mapa que queremos construir, por supuesto, será trazado desde nuestra perspectiva como académicos y docentes de facultades de Comunicación, siendo por lo tanto actores interesados; pero también, desde la perspectiva que nos da el hecho de ejercer algunos oficios concretos como profesionales de la Comunicación.

estudios de Comunicación, que son también tres niveles de profundización. Por un lado están las críticas de los estudiantes, por el otro la de los profesionales de los medios y finalmente, la autocrítica o la crítica de los propios académicos involucrados en el proceso. Podemos concretar estos juicios en los siguientes puntos:

Se cuestiona el estatuto profesional de la comunicación o el periodismo

Se formula que el periodismo no es una «profesión» (en el sentido de un saber técnico, especializado y autónomo). Se afirma, como consecuencia, que el periodismo puede ser ejercido por cualquier profesional. Así, mientras los debates alrededor de la profesión del ingeniero, del abogado o del médico, para poner los ejemplos más evidentes, cuestionan el hipotético «bajo nivel» de la formación universitaria, jamás, como en el caso de la Comunicación o el Periodismo, dicho debate cuestiona la existencia misma de la disciplina, ni la pertinencia de su inclusión en la vida universitaria. Por supuesto, son los periodistas los primeros en manifestar públicamente su desconcierto e ignorancia al tratar de especificar cuál es realmente el estatuto de su oficio.

Enrique Santos Calderón³, subdirector de *El Tiempo* de Bogotá, dice por ejemplo, que el periodismo es una profesión liberal y humanística que puede ser ejercida por cualquiera. De otro lado, Miguel Angel Bastenier, periodista de *El País* de Madrid, piensa que...

«la práctica profesional (del periodista) es una

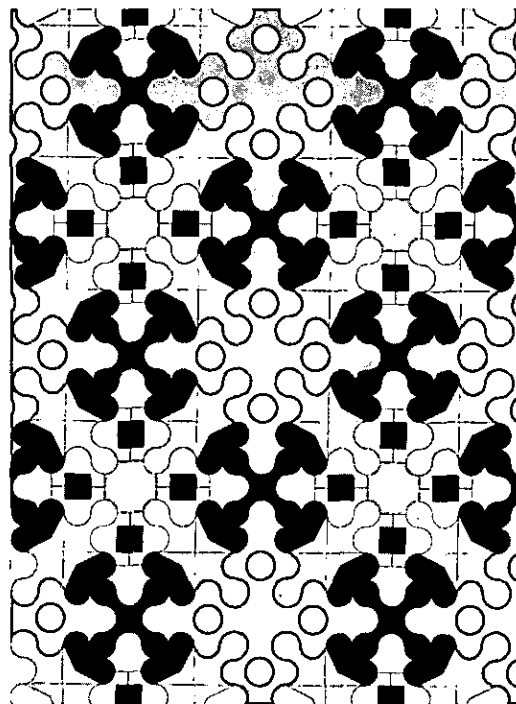
³ SANTOS C., Enrique. *¿Qué es ser periodista?*, en *El Tiempo*, domingo 15 de junio de 1997, p. 4A.

sucesión de *coitus interruptus*: Historiador sin conciencia de serlo, novelista sin obra literaria, sociólogo espontáneo, antropólogo de ocasión, y político frustrado del poder. Viene a ser por tanto, la suma de todo aquello que no es, algo indefinible, el que ha de pasarse la vida defendiendo a los demás, un profesional apiezado de remiendos, intuiciones, viejos vinos en odres nuevos, trapisondista de sí mismo y ropavejero de negocios ajenos⁴.

A su vez, Mauricio Vargas, director de noticias de *Radionet* de Colombia, dice que «el periodismo no es una profesión sino un oficio. Y como todo oficio se va enriqueciendo si en él participan profesionales de otras áreas. Debería haber una ley que dijera 'prohibase a los periodistas tener cartón de periodistas. Oblígueseles a ser abogados, ingenieros, filósofos...'. Así mismo, María Elvira Samper, directora del *Noticiero QAP* de Colombia, dice que los mejores periodistas que conoce «no son graduados en periodismo. Tienen formación en Historia, en Derecho, en Filosofía, en Antropología. Tener otra carrera les da una visión más amplia del mundo, criterio, elementos de juicio...». De igual forma piensa Patricia Lara, directora de la revista *Cambio 16 - Colombia*, cuando dice que «sin duda es mucho mejor que quien se vaya a dedicar al periodismo tenga formación en

Economía, en Ciencias Políticas, en Ecología...⁵.

Si la profesionalización del periodista, un oficio sedimentado y con una larga tradición y aceptación social está tan dilatada, las cosas se tornan peores para el comunicador



⁴BASTENIER, Miguel Angel. *¿Periodistas con o sin tarjeta?*, En *El Espectador*, domingo 26 de julio de 1997, p. 3A.

⁵ Los testimonios de los periodistas Mauricio Vargas, María Elvira Samper, María Teresa Herrán, Juan Gossain y Patricia Lara, han sido tomados de *Comunicación Social y Periodismo: diagnóstico de la carrera*. En *El Tiempo*, domingo 23 de febrero de 1997, pp. 7C-9C.

o comunicólogo, una profesión emergente y con un estatuto más efímero.

Sergio Caletti apunta que...

«Comunicador y comunicólogo aparecen en el contexto contemporáneo como dos propuestas profesionales demasiado abstractas, que reclaman una multitud de precisiones posibles antes de poder convertirse en figuras profesionales propiamente dichas. Resultan dos denominaciones que dejan totalmente en manos de una práctica a determinarse por las leyes del mercado ocupacional si aquel egresado sobre cuyo perfil tanto se ha discutido, concluirá siendo videasta, lingüista, teórico de los problemas culturales, dedicado a la semiótica del diseño, a la comunicación comunitaria, a la estética de los medios, al guionismo, a la producción radiofónica, al análisis institucional, etc.»⁶.

Se acepta que el periodismo es una «profesión», pero se rechaza que pueda ser objeto de desarrollo académico y/o enseñanza universitaria

Otra forma de sostener este punto es decir que el periodismo puede aprenderse pero que nadie de verdad puede enseñarlo, como asegura Miguel Angel Bastenier. Sobre este mismo principio del aprendizaje pero con una idea sustancialmente diferente sobre la enseñanza, nos ha sorprendido a todos Gabriel García Márquez. En efecto, el escritor asegura que conoce cómo se aprende el oficio —con la práctica, con la crítica, con la lectura— pero que desconoce por completo cómo enseñarlo. Lo que de verdad quiere decir, no es que no pueda enseñarse, sino que el énfasis debe ponerse en el aprendizaje y no en la enseñanza, como sin lugar a dudas han venido haciendo las carreras de periodismo.

García Márquez cuenta que...

«hace unos cincuenta años no estaban de moda escuelas de periodismo. Se aprendía en las salas de redacción, en

los talleres de imprenta, en el cafetín de enfrente, en las parrandas de los viernes. Todo el periódico era una fábrica que formaba e informaba sin equívocos, y generaba opinión dentro de un ambiente de participación que mantenía la moral en su puesto. Pues los periodistas andábamos siempre juntos, hacíamos vida en común y éramos tan fanáticos del oficio que no hablábamos de nada distinto que del oficio mismo. El trabajo llevaba consigo una amistad de grupo que inclusive dejaba poco margen para la vida privada. No existían las juntas de redacción institucionales, pero a las cinco de la tarde, sin convocatoria oficial, todo el personal de planta hacía una pausa de respiro en las tensiones del día y confluía a tomar el café en cualquier lugar de la redacción.

(...) Era una tertulia abierta donde se discutían en caliente los temas de cada sección y se le daban los toques finales a la edición de mañana. Los que no aprendían en aquellas cátedras ambulatorias y apasionadas de veinticuatro horas diarias, o los que se aburrían de tanto hablar de lo mismo, era porque querían o creían ser periodistas, pero en realidad no lo eran»⁷.

Un de los resultados de este argumento, es el que algunos medios han emprendido la tarea de «formar» ellos mismos a los periodistas que requieren, por las presuntas deficiencias en habilidades propias del oficio con las que salen los egresados de las facultades. Los medios se convierten entonces, en «improvisadas» escuelas, cuando no se capacitan para hacerlo (algunos si tienen verdaderas escuelas de formación, pero son los menos), y lo que logran realmente con los aprendices es la reproducción de los vicios, la asimilación de las mañas, y una visión bastante deformada del oficio y de su responsabilidad social. El recién egresado que logra entrar a los medios y aprender allí, comprende con dureza, que el periodista no es el observador e intérprete de la realidad, como creía que debería serlo, sino el intermediario de sus fuentes, y por lo tanto del poder, como lo reconoce Domingo Marchena⁸, un periodista del área de

⁶ CALETTI, Sergio. Op.Cit. p. 36.

⁷ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *El mejor oficio del mundo*. En *El País*. Domingo 20 de octubre de 1996. Texto leído en Los Angeles el 7 de octubre de 1996 en la 52 Asamblea General de la Sociedad Interamericana de Prensa.SIP.

⁸ Entrevista personal con los autores.

Sociedad de *La Vanguardia* de Barcelona y egresado de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Lo que no tuvieron en cuenta los seguidores en los medios de esta tesis de García Márquez fue lo que más adelante les recordó el propio escritor: que las cosas ya no son como hace cincuenta años, que la realidad ha cambiado, que los medios han cambiado, que los periodistas han cambiado y que lo que se espera de ellos también ha cambiado.

«En el caso específico del periodismo parece ser, además, que el oficio no logró evolucionar a la misma velocidad que sus instrumentos, y los periodistas se extraviaron en el laberinto de una tecnología disparada sin control hacia el futuro. Es decir, las empresas se han empeñado a fondo en la competencia feroz de la modernización material y han dejado para después la formación de su infantería y los mecanismos de participación que mantenían el espíritu profesional en el pasado. Las salas de redacción son laboratorios asépticos para navegantes solitarios, donde parece más fácil comunicarse con los fenómenos siderales que con el corazón de los lectores. La deshumanización es galopante.

(...) No es fácil entender que el esplendor tecnológico y el vértigo de las comunicaciones, que tanto deseábamos en nuestros tiempos, haya servido para anticipar y agravar la agonía cotidiana de la hora del cierre. Los principiantes se quejan de que los editores les conceden tres horas para una tarea que en el momento de la verdad es imposible en menos de seis, que les ordenan material para dos columnas y a la hora de la verdad solo le asignan media, y en el pánico del cierre, nadie tiene tiempo ni humor para explicarles porqué, y menos para darles una palabra de consuelo. 'Ni siquiera nos regañan', dice un reportero novato ansioso de comunicación directa con sus jefes. Nada: el editor que antes era un papá sabio y compasivo, apenas si tiene fuerzas y tiempo para sobrevivir él mismo a las galeras de la tecnología...⁹

En este contexto, las universidades latinoamericanas en los años sesenta sólo siguieron el ejemplo de las universidades americanas que profesionalizaron el periodismo treinta o cuarenta años antes. La reflexión que siguió la universidad colombiana —como fue el caso de la Universidad Javeriana—, fue precisamente la de que la única manera de paliar las deficiencias evidentes del periodismo, era «elevando» el nivel intelectual y profesional de sus practicantes a través de una sólida formación universitaria. El objetivo era noble y necesario, pero el diseño de esos estudios corrió a cargo, la mayoría de las veces, de personas que no conocían el oficio y que tampoco estaban investigando verdaderamente los fenómenos de la comunicación, sino que venían de las Ciencias Sociales. Y así fue no porque las universidades hubieran rechazado de plano tanto a los profesionales como a los investigadores: Simplemente éstos no existían. Los profesionales del periodismo no sabían cómo enseñar su oficio y menos, en el contexto de una universidad. Y los fenómenos de la Comunicación eran vistos como cosas vanas para los pocos investigadores que existían.

Se crean enfrentamientos y malentendidos por la asimilación y/o sustitución entre Comunicación y Periodismo

Si bien fueron las escuelas norteamericanas las que le cambiaron el título a los estudios de periodismo por el de *Ciencias o Artes de la Comunicación*, y no las europeas y latinoamericanas como comúnmente se piensa —aunque ambas lo aceptaron pero con notables diferencias—, allí la homogeneización no fue tan acelerada y notoria como lo fue en América Latina al tiempo que ha tenido un desarrollo, una connotación, y una valoración diferentes. Es común ver en los Estados Unidos, por ejemplo, que las universidades separan lo que las universidades latinas tienden a aglutinar: periodismo, cine, televisión y los estudios de comunicación (*communication studies*).

Esta «opción» por Comunicación y no sólo por Periodismo, tiene una doble dimensión que analizaremos enseguida: primero, implica la reubicación de una diversidad de oficios y saberes bajo una sola denominación académica por lo que de común atraviesa su práctica y, segundo, implica una

⁹ *Ibid.*

decisión universitaria de sistematizar un saber (lo que, en últimas, define a la universidad como institución).

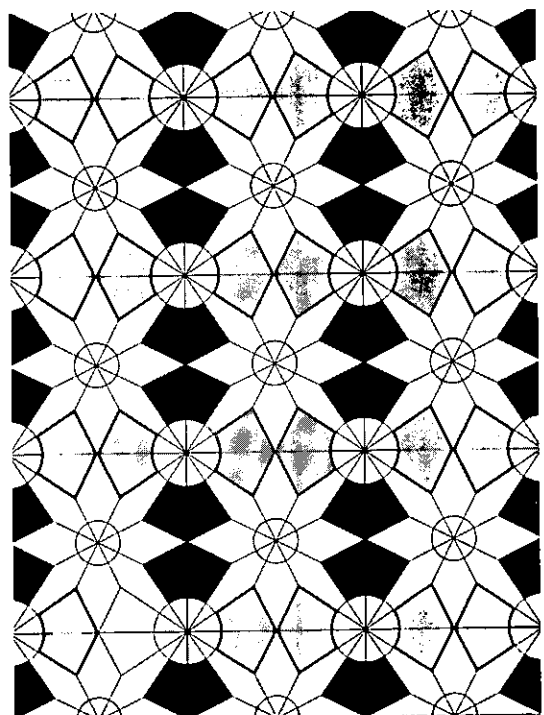
La decisión de cambiar la denominación de «Cine» y/o «Periodismo» por la de «Comunicación» fue una decisión tomada en la mayoría de las universidades latinoamericanas a finales de los años sesenta y principios de los setenta. A pesar de que el proceso global no ha sido estudiado ni documentado de una manera juiciosa, podemos suponer que respondió a la diversificación en las áreas que estas facultades y universidades habían experimentado en sus cursos y perfiles profesionales desde finales de los años cincuenta. Típico es el caso de escuelas tradicionales de periodismo que empezaron a introducir cursos de periodismo radiofónico y/o televisivo para luego ampliar el área a la producción de radio y televisión propiamente dichos. Otro caso prototípico es la escuela de Periodismo que empieza a ofrecer cursos de «Relaciones Públicas». Esta diversificación fue la respuesta de las universidades a las transformaciones y al crecimiento de las industrias culturales de los años sesenta. La trilogía clásica de medios, prensa-radio-televisión, ya estaba históricamente consolidada, y los mercados mediáticos se encontraban en plena expansión impulsados por el crecimiento económico que caracterizó a la economía latinoamericana de la época. No sólo había más medios sino que, además, éstos habían empezado a diversificar su oferta de productos y servicios y se encontraban en franca expansión empresarial. Los medios de comunicación habían dejado de ser el coto cerrado de las pequeñas empresas familiares (por lo general vinculados a mercados locales y/o a partidos políticos) para convertirse en organizaciones capitalistas complejas. La mayoría de las agencias publicitarias recuerdan la época como de una gran expansión empresarial y financiera.

Hay un segundo punto a este respecto. Transformar las escuelas tradicionales de cine y/o periodismo en escuelas y facultades de Comunicación, no sólo implicó, entonces, romper los esquemas tradicionales de formación sino reconocer implícitamente cierta unidad «profunda» de prácticas sociales y profesionales, nuevas y antiguas, que estaban en plena expansión. Convertirse en facultades de Comunicación, por tanto, no era un simple juego de

palabras o una salida académica ingeniosa para ampliar el mercado de estudiantes, respondía a la expansión misma de una cultura que había dejado de ser mediada, exclusivamente por procesos de comunicación interpersonal, pictóricos y/o escritos, y se había vuelto audiovisual, analógica y capitalista.

Pero si la transformación de Periodismo a Comunicación amplía horizontes y comienza a hacer posible la formación de una disciplina, también ha sido una de las razones más poderosas para el lastre de las carreras. A este respecto, Felipe López Veneroni señala que...

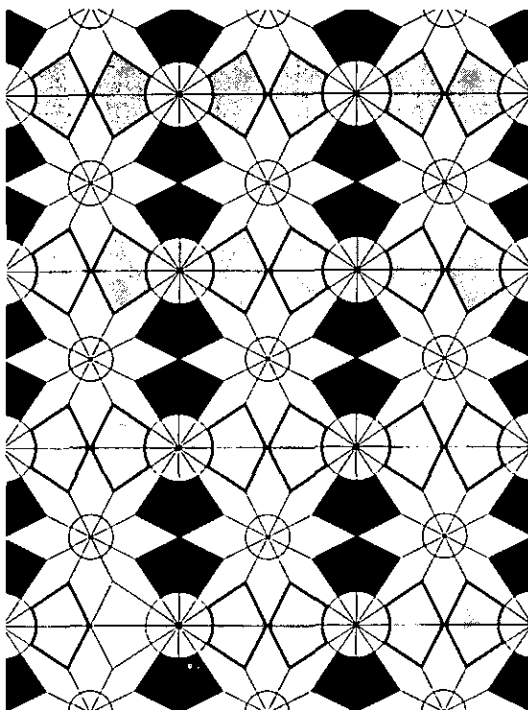
«dado el origen peculiar (inicialmente pragmático, y mucho después, teórico) de la disciplina, ésta tiende a desenvolverse en una confusión problemática que busca amalgamar, en un sólo programa académico, tanto la enseñanza de las técnicas propias para la formación de periodistas y profesionales en la elaboración de mensajes, destinados a transmitirse tecnológicamente a gran escala, como las que corresponderían a la investigación en comunicación, sin haber dado el paso, *necesariamente previo*, de establecer una discusión sistemática respecto de los preceptos de carácter conceptual y metodológico indispensables para *plantear* el problema de la determi-



nación objetiva de uno y otro fenómeno, y consecuentemente, para elaborar las líneas propias de su investigación y crítica.

(...) En el plan de estudios vigente de muchas universidades, existe un desfase entre a. un aparente vasto universo teórico (que extiende el concepto de comunicación arbitraria e indistintamente a campos tan disímolos como los de la publicidad, la mercadotecnia y las relaciones públicas; la producción audiovisual, el periodismo y la crítica de cine, y b. el comparativamente reducido espacio donde en realidad se puede ejercer la disciplina en términos prácticos, es decir, como periodismo y/o diseño y elaboración de estrategias y mensajes especializados con fines específicos y técnica o tecnológicamente reproducibles, en oficinas de prensa de organismos privados y burocráticos o en los medios y agencias de producción radiofónico audiovisual¹⁰.

¹⁰ VENERONI, Felipe. *La Comunicación como vacío académico*. En *Diálogos de la Comunicación* No. 31, Septiembre de 1991. Lima: Felafacs. p.16.



Sergio Caletti lo reafirma:

«Estamos en proceso de descubrir que prácticamente nada nos es ajeno. Más aún, es necesario que avancemos en esa dirección. Pero de ahí a tratar de abarcarlo todo, hay más de un paso. Nuestras carreras tienden a tratar de abarcar, resolver y dar cuenta de más problemas y realidades de las que cualquier carrera razonablemente puede. Desde la estética hasta la economía, desde el sonidista hasta el periodista deportivo o el gerente de comunicaciones, desde el analista crítico hasta el productor publicitario o el comunicador alternativo. La sospecha del campo transdisciplinar se convierte en la propuesta de una 'macrodisciplina'»¹¹.

García Márquez dice que...

«tal vez el infortunio de las facultades de Comunicación Social es que enseñan muchas cosas útiles para el oficio, pero muy poco del oficio mismo. Claro que deben persistir en sus programas humanísticos, aunque menos ambiciosos y perentorios, para contribuir a la base cultural que los alumnos no llevan del bachillerato. Pero toda la formación debe estar sustentada en tres pilares maestros: la prioridad de las aptitudes y las vocaciones, la certidumbre de que la investigación no es una especialidad del oficio sino que todo el periodismo debe ser investigativo por definición, y la conciencia de que la ética no es una condición ocasional, sino que debe acompañar siempre al periodismo como el zumbido al moscardón»¹².

Se critica la insistencia exagerada en la teoría (o teorías) dejando de lado las prácticas

Una de las últimas voces que en Colombia ha redundado en este argumento es la del sociólogo Orlando Fals Borda. Para él, en las facultades de Comunicación hay un excesivo predominio de la teoría sobre la realidad —grandes escue-

¹¹ CALETTI, Sergio. Op.Cit. p. 36.

¹² GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. Op.Cit.

las teóricas, un autismo y una jerga que solo entienden los académicos—. Propone la desaparición de las facultades de Comunicación como tal y su reemplazo por programas de estudios de investigación-acción combinados y dirigidos a problemas específicos de la realidad.

«Son programas multidisciplinarios que se van convirtiendo en interdisciplinarios, es decir, que deben tener una estructura muy fluida, muy flexible para que las instituciones estén en permanente cambio. La idea es que se resuelva un problema, se complete el ciclo de ese proyecto y se pase a otro, según las demandas de estudios y las necesidades sociales»¹³.

Propuesta que no tiene nada de original ni de novedosa, ya que la mayoría de las facultades están siempre en constante renovación y esa es un planteamiento que ha rondado por ahí desde hace varios años, pero que no ha terminado de cuajar porque traería la completa dispersión de los estudios y agravaría los problemas. La propuesta como proyecto de investigación podrá ir muy bien, pero como plan de estudios todavía deja mucho que desear.

Los que más han insistido en las críticas a la «excesiva» formación teórica son los periodistas, empíricos en su mayoría. Para María Elvira Samper «los recién egresados están llenos de teorías y no tienen ni idea de cómo hacer un primer párrafo»; para Juan Gossaín, director de la *Radio Cadena Nacional de Colombia (RCN)*, «las facultades son útiles, le dan al estudiante formación humanística, ética, pero la principal falla es que no tienen práctica. No se puede seguir creyendo que el periodismo se aprende sentado en un pupitre»; Mauricio Vargas por su parte, dice que no cree «en el que haya llegado al grado de periodista sin haber trabajado antes en un medio de comunicación. Ojalá los muchachos lo hicieran desde la segunda semana de estudios. Tal como salen deberían trabajar dos años con salario mínimo, porque la remuneración es proporcional a la calidad»; Patricia Lara, piensa que «las facultades les dan

mucha carreta a los muchachos y así salen: con teorías en la cabeza, pero sin saber escribir. No están preparados para hacer una historia, un reportaje, y es en los medios donde comienzan a aprender».

De esta argumentación se desprende que, por esa excesiva formación teórica, los egresados de las facultades son mediocres y no responden a las expectativas de los directores de los medios de comunicación.

Se cuestiona la baja calidad de la formación universitaria en Comunicación

Por supuesto, las principales voces sobre este tema vienen de parte de los directores de medios. María Elvira Samper insiste en que «no saben redactar, no leen, no conocen historia de Colombia. Les hace falta el método, el rigor, que sí lo garantizan otras disciplinas. Es más fácil enseñarle a un antropólogo cómo hacer un *lead* o una entrevista, que al otro darle el contenido, el contexto de las cosas. Las técnicas son algo accesorio, que se puede aprender después. Pienso que el periodismo debe ser una carrera de posgrado»; María Teresa Herrán, ex-directora de la revista *Alternativa*, dice que a los egresados de las facultades de Comunicación les falta «cultura general, sobre todo en los aspectos relacionados con Política, Economía y Ciencias Sociales (...). También hay fallas en metodología de investigación, que es algo curioso, porque algunas facultades dan investigación durante toda la carrera». ¿Dónde está entonces el problema, en la práctica o en la formación general? Se cuestionan las cosas por los dos lados. Juan Gossaín dice que la «mayoría de jóvenes que salen ni siquiera conocen el lenguaje periodístico. No les enseñan en qué lenguaje van a hablar (...) Los muchachos deberían saber cuál es la verdad del mercado laboral. Tener claro que se trata de un mercado muy restringido y que no hay trabajo para todos. Si yo fuera uno de ellos, tomaría la decisión de estudiar otra cosa antes para luego llegar al periodismo que es una vocación».

Es el mismo imaginario de la mayoría de egresados que trabajan en los medios de comunicación. «A los que quieren entrar en el mundo de la televisión les recomiendo que

¹³ Fals Borda propone acabar facultades de Comunicación. En *El Espectador*, domingo 1 de junio de 1997, p. 12A.

estudien antropología o sociología y que después realicen talleres de televisión. En otros campos sí recomiendo estudiar Comunicación Social» (Juan Manuel Cáceres, guionista). «Las facultades de Comunicación deben optimizar las potencialidades de sus alumnos; la Comunicación debe ser tratada como un arte. Muchas de ellas tienen el error de pretender enseñar cosas que no pueden, como escribir o tomar fotos. A mí, por ejemplo, me sirvió lo que aprendí, pero no lo que me enseñaron» (Mauricio Navas Talero. Guionista).

García Márquez comparte la misma opinión, pero uno de los problemas que se detectan en los egresados, más que con los problemas técnicos de la formación, con una carencia ética que une a empleadores y a profesores:

«Los muchachos que salen ilusionados de las academias, con la vida por delante, parecen desvinculados de la realidad y de sus problemas vitales, y prima un afán de protagonismo sobre la vocación y las aptitudes congénitas. Y en especial sobre las dos condiciones más importantes: la creatividad y la práctica (...). La mayoría de los graduados llegan con deficiencias flagrantes, tienen graves problemas de gramática y ortografía y dificultades para una comprensión reflexiva de textos. Algunos se precian de que pueden leer al revés un documento secreto sobre el escritorio de un ministro, de grabar diálogos casuales sin prevenir al interlocutor, o de usar como noticia una conversación convenida de antemano como confidencial. Lo más grave es que estos atentados éticos obedecen a una noción intrépida del oficio, asumida a conciencia y fundada con orgullo en la sacralización de la primicia a cualquier precio y por encima de todo. No los conmueve el fundamento de que la mejor noticia no es siempre la que se da primero, sino muchas veces la que se da mejor. Algunos, concientes de sus deficiencias, se sienten defraudados por la escuela y no les tiembla la voz para culpar a sus maestros de no haberles inculcado las virtudes que ahora les reclaman, y en especial la curiosidad por la vida¹⁴.

«A veinte o treinta años de sus inicios —dice Sergio Caletti— las carreras universitarias de Comunicación se implantan así en el lugar minusválido de suponerse inhábiles para conducir a sus estudiantes a una inscripción medianamente previsible en un mercado de trabajo —que mientras tanto, continúa expandiéndose y modificándose— o para garantizar una formación en una disciplina que sea claramente reconocida por el resto de la sociedad»¹⁵.

Se cuestiona la ética de los periodistas

La sospecha de algunos es que las evidentes fallas en la existencia de una estructura ética clara y generalizada entre los periodistas se debe a problemas de formación. Por decirlo claramente, algunos sostienen que los periodistas carecen de ética profesional porque las facultades no se la ha dado. Por supuesto, en este punto, las fallas son tanto de formación como de unos medios de comunicación (y un medio profesional) para quienes la manipulación informativa es usual.

Los egresados, al estar subvalorados, adquieren la visión intrépida del oficio de la que habla García Márquez, e intentan demostrar por todos los medios a sus jefes, de lo que son capaces. El sentido de una información útil y veraz para el lector, se pierde por la primicia, que apunta más que al lector, a la competencia. En lo que menos piensan los periodistas graduados o no, es en el lector. Domingo Marchena dice que un periodista es, en primer lugar, un *trabajador*. Un profesional de la información de actualidad que vive exclusivamente de su oficio. Es un trabajador más, —importante— pero uno más dentro de la cadena informativa. Es el mensajero de la información, el intermediario entre los hechos y el público, pero no el dueño de la información. Él considera que la información sí tiene dueños, y esos son los que controlan el capital y el poder, no los periodistas. Los periodistas son, para él, tristemente, el chivo expiatorio. Los primeros culpables de nuestra sociedad de hoy.

¹⁴ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. Op.cit.

¹⁵ CALETTI, Sergio. Op.cit., p. 26.

«Tal vez, porque muchos periodistas han perdido el contacto con la calle y con ello se ve desvirtuada su principal función que es la de informar. Cuando un reportero está haciendo las cosas bien, se le nombra jefe de sección y deja de salir a la calle. Es más, periodistas con cierta experiencia en el oficio, se sienten fracasados si siguen siendo periodistas de la calle. Casi todos los periodistas que asisten a las ruedas de prensa son chicos jóvenes. El periodista con cancha ya no sale de la redacción, con algunas excepciones. Entonces el periodista que no está en contacto con la calle es difícil que genere opinión pública, es difícil que se sensibilice. Claro que aquí también hay que tener en cuenta las diferencias entre la tropa y las estrellas. Los periodistas de elite y los directores de medios siempre generan opinión pública. Ellos son los que determinan de qué se habla y de qué no; qué se publica y qué no. Y ellos, generalmente, están del lado del poder. Esos periodistas forman un grupo especial, son elegidos, y como son elegidos están al servicio de una causa directa o indirectamente.

Esos periodistas sí que tienen poder: el poder de develar u ocultar unos acontecimientos o unas interpretaciones que pueden influir en decisiones colectivas. Y esa es tal vez la función y el papel que se le exige al periodista de hoy. Mucha gente piensa que el periodismo debe desta-

par cosas, descubrir corrupciones y peculados. Mucha gente piensa que el papel del periodista debe ser el de juez, o gran juez social, y no debe ser así. El periodista ante todo debe ser un hombre honesto, buen redactor y atento a los cambios de la actualidad.¹⁶

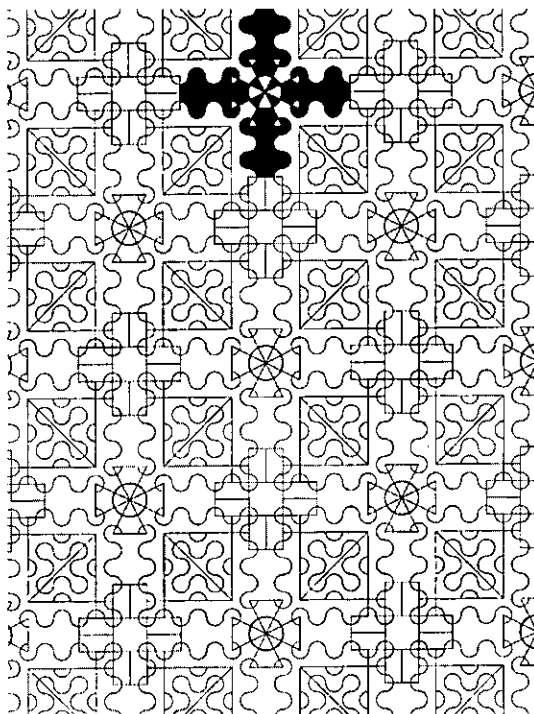
Eso no es lo que dicen la mayoría de directores de medios de Comunicación en Colombia, pero sí algunos directores en Europa y en Estados Unidos. Ben Bradlee, director del diario *The Washington Post* durante veintitrés años —era el director cuando estalló el Watergate—, cree que los escritores probablemente se hacen, pero que los periodistas de verdad nacen con un sentimiento especial de curiosidad, con una necesidad de descubrir qué es lo que ocurre y, sobre todo, queriendo hacer del mundo un lugar mejor. «No será buen periodista el que sólo desea dinero», dice, pero sí el que quiere utilizar la verdad para mejorar el mundo. Porque un buen periodista, para él, es «aquel que puede ir de A a B y a C sin rodeos, suprimiendo lo superfluo. Aquel que conoce la materia sobre la que escribe así como otras cosas tan importantes como los sentimientos en las personas: sufrimiento, pena, amor u odio».

Y aconseja a los estudiantes de periodismo...

«continuidad, trabajo, experiencia. (...) Aprender y mejorar la capacidad de juicio, tener comprensión sobre las razones que mueven a las personas. Ser curioso, escéptico y trabajar duro. Una de mis máximas es: 'ama tu trabajo, odia la dominación y no te acerques demasiado a la clase dirigente'.¹⁷

Franz Oliver Giesbert, director del periódico francés *Le Figaro*, ha dicho que el periodismo significa explicar cosas:

«Yo entiendo el periodismo como el trabajo de interpretar la sociedad, de explicar lo que ocurre. Yo creo que el trabajo de un periodista consiste en narrar las cosas que



¹⁶ Entrevista personal con los autores.

¹⁷ *Si volviera a nacer sería periodista: entrevista con el director del diario que develó el «caso Watergate».* En *La Vanguardia*, Barcelona. Marzo 23 de 1992. pp. 32-33

pasan, y hacerlo de forma documentada, con referencias históricas, investigando.¹⁸

En eso puede resumirse la ética del periodista de la que hablan muy poco nuestros directores de medios.

Se cuestiona el pobre desarrollo académico de la disciplina de la comunicación

Las licenciaturas en Comunicación en América Latina, tal vez sean las únicas que en estas dos últimas décadas han crecido sin descanso, pero más que sobre la base de una propuesta sólida, coherente y seductora, lo han hecho junto a inacabables debates acerca de qué es lo que deben enseñar y para qué. Se han desarrollado y siguen desarrollándose en medio de una ebullición de incertidumbres, e incluso, con una cierta inconformidad consigo mismas. Inconformidad muchas veces de sus propios estudiantes, otras de sus investigadores y docentes, y con frecuencia, de los profesionales que rodean el proyecto pedagógico emprendido.

Para Sergio Caletti,

«el sentido que anima estas inconformidades está lejos de ser el mismo. Más aún: a poco que se recorran algunos de los términos bajo los cuales suelen aparecer, es posible advertir que las carreras no sólo resultan a veces aquella superposición troyana de programas que no alcanzaron a realizarse a pleno sino que también constituyen, y por lo mismo, una zona de encuentro y choque de distintas configuraciones imaginarias. Para los profesionales empíricos de la comunicación es común el impacto de descubrir que las carreras proveen escasamente la sustitución —temida o deseada— de los años de experiencia práctica. Para los estudiantes, en cambio, la inconformidad tiene múltiples resortes: la padece quien aspira a

encontrarse con el mundo de la ciencia tanto como el que sueña poseer las llaves de acceso a las luces de una estelaridad, como el que anhela transformar el mundo de la comunicación, o el que se propone una rápida y competitiva profesionalización de sus capacidades, o el que requiere respuestas eficaces a sus metas económicas. Lo llamativo no es que las carreras de comunicación defrauden tantas expectativas; lo llamativo es que todas ellas puedan confluir sobre un mismo espacio institucional. Otras carreras universitarias tampoco podrían dar satisfacción a tantas demandas diversas y simultáneas. La diferencia es que no se le formulan. No sienten obligación de ofrecerlas. Segunda observación: en la misma medida que parecen abarcarlo todo también puede serles exigido.¹⁹

De lo que se trata, como lo habíamos dicho, es de situar las demandas e indefiniciones cruzadas que se descargan sobre las carreras de comunicación como el resultado de una verdadera turbulencia cultural que protagonizan por entero nuestras sociedades y que difícilmente puede «resolverse» desde una planificación curricular ni desde el alumbramiento de una nueva formulación académica sobre los fenómenos de la Comunicación, aunque realicen aportes de valor insoslayable.

Tras los debates que muchas veces se verifican en torno a las carreras hay una idea falsa: la de suponer a estas carreras como un verdadero resumen del ancho campo en el que se producen nociones, conceptos y definiciones acerca de los procesos y fenómenos comunicacionales como si toda la reflexión sobre estos fenómenos estuviese —o debiese estar— en nuestras licenciaturas.

«Los estudios de comunicación constituyen hoy una más de las difusas disciplinas del ámbito de las ciencias sociales y de la cultura. Recoge las tradiciones del viejo humanista, y de su competidor sucedáneo, el científico social. Pero por su vinculación a la historia de las letras, por sus herencias en el campo de las teorías de la cultura, por su conexión estrecha con los recorridos de la

¹⁸ Yo entiendo el periodismo como el trabajo de interpretación de la sociedad: entrevista con Franz Olivier Giesbert, director de 'Le Figaro'. En *La Vanguardia*. Barcelona, octubre 29 de 1990. pp. 48-49.

¹⁹ CALETTI, Sergio. Op.Cit. p. 26.

semiótica, la filosofía del lenguaje y la estética, durante tanto tiempo inclasificable en el elenco de las ciencias, su hibridez entre aquella clásica figura humanística y la nueva del científico, de por sí endeble, resulta mucho mayor que en los casos de, por ejemplo, un sociólogo o un antropólogo, cuyos desprendimientos del tronco filosófico fueron más tajantes. ¿Tendrá algo que ver con nuestros problemas del qué enseñar y para qué el hecho de que más de 200 licenciaturas en Comunicación en nuestro continente produzcan tan escasas diferencias sobre un terreno como el comunicacional, tan rico en la diversidad de sus camaduras concretas? ¿Hay alguna razón fuerte que justifique la tendencia a la uniformidad curricular, problemática y hasta bibliográfica entre las licenciaturas que comparten un mismo espacio social y geográfico? ¿Se podría decir de cada una de ellas que tienen una inteligente estrategia de intervención en el campo intelectual y profesional? Estimular un cierto grado de heterogeneización ¿no contribuye a desarrollar andariveles concretos donde tradiciones teóricas y entrenamientos productivos puedan entrelazarse de un modo más fértil? ²⁰.

¿Estamos propiciando una reflexión teórica de interés cuando buscamos, de facto, meter en la misma bolsa la estética literaria, el conocimiento de la realidad social latinoamericana y las técnicas de impresión por láser? ¿Tendríamos que obedecer a García Márquez y retornar al sistema primario de enseñanza mediante talleres prácticos en pequeños grupos, con un aprovechamiento crítico de las experiencias históricas, y en su marco original de servicio público. Es decir, ¿rescatar para el aprendizaje el espíritu de la tertulia de las cinco de la tarde?

Es una decisión que tiene que tomarse —esa u otra distinta— antes que las carreras terminen muertas por inercia. Habría eso sí, que tener en cuenta el análisis de Jesús Martín Barbero y Germán Rey sobre el tipo de cultura en que están inmersas las Facultades. «*El medio es el mensaje*», pensaba MacLuhan, y el ambiente juega un papel fundamental. Hay que pensar, también, en el engaño académico

de algunas universidades privadas en las que la mayoría de los profesores son contratados por horas y, sin apenas profesores de tiempo completo que puedan hacerse cargo de investigar las demandas sociales y técnicas que la carrera implica, reciben hasta cien estudiantes nuevos por semestre; la indispensable distancia que la universidad, como espacio de producción de conocimiento, tiene el derecho de establecer entre demandas sociales y requerimientos del mercado de trabajo. En lo que a esa distancia se refiere, es obvio que la universidad no puede dejar de tener en cuenta los requerimientos que vienen del mercado laboral, pero sería absurdo confundir las demandas sociales de comunicación únicamente con aquellas a las que da forma el mercado.

Jesús Martín y Germán Rey, piensan que las facultades de Comunicación están formando a las nuevas generaciones en tres concepciones culturales. La más frecuente

«es la que tiene como horizonte de fondo —tanto académico como profesional— los requerimientos del mercado laboral y el ‘ejemplo’ de las figuras más exitosas del periodismo nacional. A lo que se le añade últimamente la obsesión por el manejo de las tecnologías audiovisuales e informáticas y el infaltable condimento, frecuentemente rancio, de un humanismo enciclopédico con el que se pretende sustituir a las Ciencias Sociales. Lo que la mezcla de esos ingredientes produce, es una cultura periodística básicamente tecnocrática y moralizante, incapaz de comprender la envergadura socio-política de lo que hoy se juega en el país en la mediación periodística, como de asumir los riesgos éticos y políticos que conlleva ejercer seriamente el oficio.

(...) Un segundo tipo de cultura periodística se produce en programas (los menos) cuyo eje es el difícil equilibrio entre saberes y adiestramientos prácticos con una formación social básica, que posibilite un talento y actitud investigativos, no sólo para la comprensión de la complejidad política de los procesos sino también para la experimentación renovadora de los géneros y discursos del periodismo. Aunque a la vuelta de unos pocos años de egresados los ideales suelen estar en baja, al menos conservan una cierta capacidad de distanciarse de las rutinas cotidianas para confrontar su ejercicio con los problemas y demandas del país, a la vez que tozudamente

²⁰ *Ibíd.* p. 31.

intentan sortear las inercias del discurso estereotipado de los medios y meterle pequeñas innovaciones al oficio.

(...) Existe un tercer tipo que, más que responder a un determinado programa académico, recoge el profundo escepticismo ético y político de buena parte de nuestra juventud y su deriva hacia el aprovechamiento (el juego) puramente estético del aprendizaje tanto teórico como práctico. Al desconcierto en que se hallan muchas de las Facultades ante las nuevas sensibilidades, gustos y actitudes de los jóvenes estudiantes, corresponde el de una mayoría de estos atraídos hacia la Comunicación y el Periodismo más por la moda en que está la carrera —y por las brillantes imágenes de farándula en que se mezclan los periodistas exitosos con actrices y modelos, animadores y presentadores de televisión— que por una mínima vocación profesional. Ese cruce de malentendidos le hace el juego al interés prioritario de no pocas facultades por llenar el cupo de estudiantes que las vuelve rentables, así el nivel de la prueba del ICFES sea bajísimo, el número de profesores de planta completamente insuficiente, y la investigación de los profesores brille por su ausencia. Lo que estimula sin duda una cultura profesional descomprometida y formalista, que es la que asumen los que se hallan desmoralizadamente convencidos de que una es la actividad y la actitud con la que se gana dinero y se llega a famoso, y otra muy distinta a aquella con la que 'uno hace lo que le gusta'²¹.

Algunas conclusiones

¿Cuál es el futuro del debate sobre las Facultades de Comunicación? ¿Cuál es el futuro de las Facultades mismas? Queremos plantear aquí algunas ideas generales para estimular el debate.

- Las facultades no pueden seguir planteando, como lo hacen algunas, que se pueden desconocer los oficios, habilidades y destrezas que requiere al mercado laboral. Es una función de la universidad capacitar (con la mayor calidad posible) a los comunicadores y periodistas para ese mercado. De continuar con esa creencia, las universidades estarán condenando a sus egresados a la obsolescencia intelectual y profesional.
- Al mismo *tiempo*, es una función de toda institución universitaria (que quiera merecer ese nombre) estudiar, cuestionar, prever e, incluso, reinventar el mercado laboral. Ese estudio, ese cuestionamiento, esa previsión y ese reinvento deben estar en el corazón mismo de los programas académicos y de los diseños curriculares. Hacer lo contrario sería convertir a la universidad en un simple eslabón de una cadena productiva. La formación de comunicadores y periodistas debe tener como propósito explícito entregarle a la sociedad (y no sólo a las industrias) profesionales capacitados, críticos y con gran claridad ética. En otras palabras, el compromiso de la universidad debe ser con el saber, la sociedad y el desarrollo de nuestros pueblos; sólo secundariamente debe tener un compromiso con los grandes medios de comunicación.
- Creemos que la pretensión de algunos medios de comunicación de que los egresados de las facultades sean simples intérpretes de sus propios esquemas y tradiciones de trabajo tiene demasiado sabor a querer «lavar los trapos sucios en casa». Muchos medios de comunicación (no todos afortunadamente) pretenden que sus saberes profesionales, sus consagradas rutinas y rituales, sus estereotipadas fórmulas genéricas, sus nunca declarados compromisos políticos, su pobreza intelectual, sus formatos aburridos o sus flagrantes abusos éticos existen en un limbo social y político. Nadie, ni los otros medios de comunicación, ni la universidad, ni las audiencias, ni la sociedad en su conjunto parece estar en capacidad para cuestionar unas prácticas (y unas decisiones) que se mueven en los oscuros laberintos de las salas de redacción o las juntas de accionistas. Sería completamente ingenuo creer, en este sentido, que la estructura de medios se encuentra «en su mejor momento», que los medios son ovejas inocentes o que no existe ningún desfase entre medios y sociedad.
- Finalmente, todas las anteriores reflexiones serían vanas si no se reconoce con claridad que la mayoría

de facultades de comunicación en América Latina son de mala calidad. Los egresados no tienen capacidad crítica, su experticia en las destrezas profesionales más elementales deja mucho que desear, su formación profesional es deficiente y su creatividad para transformar formatos, mensajes, productos y géneros es casi nula. Los culpables de la situación no son los medios de comunicación son las instituciones académicas, por supuesto. La inexistencia de profesores de planta, la inadecuación de equipos y laboratorios, los diseños curriculares mal hechos, la ausencia de rigor académico en los procesos de enseñanza-aprendizaje, la carencia de sistemas de selección, la falta de desarrollo académico, investigativo y científico son algunas de las circunstancias que caracterizan una situación dramática. Las universidades deben comprender, además, que la elevación de la calidad *profesional* de los estudiantes y egresados pasa, antes que todo, por la elevación de calidad *académica* de sus profesores e investigadores.

Bibliografía

- BASTENIER, Miguel Angel. *¿Periodistas con o sin tarjeta?*, En **El Espectador**, domingo 26 de julio de 1997, p. 3A.
- CALETTI, Sergio. *Profesiones, historia y taxonomías: algunas discriminaciones necesarias*. En **Diá•logos**. No. 31, 1991.
- El Espectador**. *Fals Borda propone acabar facultades de Comunicación*. Domingo 1 de junio de 1997, p.12A.
- El Tiempo**. *Comunicación Social y Periodismo: diagnóstico de la carrera*. Domingo 23 de febrero de 1997, pp. 7C-9C.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *El mejor oficio del mundo*. En **El País**. Domingo 20 de octubre de 1996. Texto leído en Los Angeles el 7 de octubre de 1996 en la 52 Asamblea General de la Sociedad Interamericana de Prensa.
- La Vanguardia**. *Si volviera a nacer sería periodista: Entrevista con el director del diario que develó el «caso Watergate»*. Barcelona: marzo 23 de 1992. pp. 32-33.
- La Vanguardia**. *Yo entiendo el periodismo como el trabajo de interpretar la sociedad. Entrevista con Franz Olivier Giesbert, director de «Le Figaro»*. Barcelona: 29 de octubre de 1990.
- LÓPEZ VENERONI, Felipe. *La Comunicación como vacío académico*. En **Diá•logos**. No. 31, Septiembre de 1991. Lima: Felafacs.
- MARTÍN BARBERO, Jesús y Germán Rey. *El periodismo en Colombia: de los oficios y los medios*, En **Signo y Pensamiento** No. 30. 1997, pp. 13-30.
- SANTOS CALDERÓN, Enrique. *¿Qué es ser periodista?*, en **El Tiempo**, domingo 15 de junio de 1997, p. 4A.